

¿Qué gasta el Estado en los pobres?
Casi nada. ¿Qué en los ricos? Casi todo.

el presupuesto de gastos. Véase lo que invierte en el pago de los enormes intereses de la deuda pública y en el de los sueldos de las diversas gentes de armas constituidas en defensa de la propiedad inmueble.

¡Que no hay plebeyos! Todos los que trabajan y sudan constituyen una casta inferior que se mira con menosprecio. Se los tutea, aun siendo ancianos, por mozos imberbes. Tú por tú llaman los amos a sus sirvientes, los maestros a sus trabajadores, los oficiales a sus soldados, los que van por cafés y fondas a los camareros. Avergüenzase el rico de ir públicamente con los hombres de mandil ó blusa, y aun cuando los estima, los mantiene á cierta distancia. No les da entrada en sus salones, procura cerrarles los de los teatros, y hasta alejarlos de sus paseos.

Tan notable es la diferencia entre plebeyos y patricios, que se da el nombre de matrimonios desiguales á los que los unos con los otros celebran. Dúese el patricio de que sus hijos se enamoren de plebeyos y emplean hasta la coacción y la violencia para impedir que con ellos casen. Un patricio que se despose con una criada ó con una trabajadora, ¿no es verdad que hace todavía un acto de heroísmo? Se lo aplauden los de abajo; los de arriba se lo censuran, sobre todo sus deudos.

¡Ay! Si fuera cierto que no existiesen ya diferencias entre patricios y plebeyos, ¡qué de males nos ahorraríamos! Luchas sin cuento que vislumbramos en no muy remotos días; conmociones bruscas, que tal vez vuelvan la sociedad de abajo arriba, y, por lo pronto, interrumpen los progresos materiales de que nos envanecemos.

Ciego el Estado, juega con la ilusión de que todos los ciudadanos somos ya iguales; la tremenda desigualdad que aun existe desatará un día las furias.

F. PI MARGALL

Madrid es la ciudad de la Península que tiene un tipo más alto en el gravamen de los Consumos. El tributo importa por habitante: en la provincia de Huesca, 1,16 pesetas; en la de Cuenca, 1,81; en la de Málaga, 3,33; en la de Valencia, 4,68; en la de Valladolid, 5,17; en la de Sevilla, 5,97; en la de Barcelona, 7,76; en la de Madrid, 12,77.

El tributo por habitante importa, comparando, no provincias, capitales: en Murcia, 2,26; en Málaga, 7,09; en Valencia, 8,78; en Valladolid, 11,80; en Barcelona, 15,22; en Madrid, 16,60.

Son estos datos oficiales, publicados en 1896 por el ministro de Hacienda Navarro Reverter.

¡Que las necesidades de los municipios son mayores en las capitales de mayor importancia! Conformes, por regla general. Pero ¿qué diferencia hay entre Barcelona y Madrid, para que en esta población se pague más, siendo aquella más rica?

¡Ay Madrid de mis pecados! Si no viene pronto un diluvio en que perezan todos los animales dañinos, de la especie apodada racional, dentro de media docena de años no habrá más que bandidos dentro de tus muros. Todos los demás habremos espiado.

¡Y hay quien te tira al degüello en provincias! ¡Poverino!

PSICOLOGÍA RELIGIOSA

He tenido el capricho de leer y recortar de la prensa cuanto al regicida Bresci y al desequilibrado Salson se ha escrito. Y la mayoría de los periódicos ha convenido en una cosa: en que en la falta de ideales religiosos, en el derrumbamiento de las antiguas creencias; está la causa ocasional de las catástrofes modernas. El desasosiego de la clase baja, sus tendencias á la rebelión, los crímenes sociales, todo ha nacido de lo mismo. ¡Porque qué vínculo, qué lazo tiene con semejantes el individuo, una vez destruido el sentimiento religioso? preguntan. ¿No veis que la religión, tanto como un camino para llegar al cielo, es una necesidad social en la tierra? ¿No veis que la religión es el fundamento del orden y del respeto del proletariado á los derechos de las personas acomodadas? Roto el lazo religioso, no hay freno que ataje al pueblo, ni ley que le contenga.

Objeciones que continuamente se repiten en cuanto la ocasión se presenta, y que sin embargo la experiencia se encarga de contestarlas todos los días, demostrando que la idea de una dicha eterna é infalible que en realidad parece que debía excitar el egoísmo del individuo, induciéndole á obrar bien, y el temor al castigo eterno y horroroso que predican las religiones positivas, que también debería constantemente desviarle del mal, son flojos lazos que influyen muy débilmente sobre las muchedumbres, cuando no sirven de mofa y es carnio como vanas quimeras que la imaginación ha creado. El mundo está hoy como ayer lleno de hombres que aun profesoando con sinceridad y sumisión las religiones, las anunciadas recompensas y castigos no le impiden entregarse á vicios y excesos de todas clases. Por el contrario, es casi una regla constante ver en la sociedad unida la creencia y la práctica exterior de la religión, la mala fe y la mala conducta. Es muy fácil ver orar bien y obrar mal. Para convencerse, no hay más que conocer la vida privada de los beatos más aparatosos de nuestros templos. La mayoría de los

grandes criminales creen y se sujetan á verdaderas prácticas religiosas, tal vez como medios hipócritas de conquistar el perdón de sus actos. De las obras de Ferry, Lombroso, Ducarry y Bayle, que se han dedicado á coleccionar estadísticas de esta clase, pueden entresacarse multitud de ejemplos. Así la mayoría de las cuadrillas de bandoleros, dicen estos autores que son religiosos y que van cargados de amuletos. Verzeni, estrangulador de tres mujeres, era de los más asiduos y sinceros frecuentadores de la iglesia y del confesonario. Boggia, reo de varios asesinatos, oía misa todos los días y llevaba el palió siempre que salía el Santísimo. Religioso era la famosa envenenadora marquesa de Brinvilliers y el feroz bandido Palermo. Estos ejemplos pueden repetirse hasta lo infinito.

Muchos filósofos encuentran á esta anomalía una fácil explicación en la religión misma. «¿No veis—dicen—que los ministros de las religiones positivas alientan inconscientemente las malas obras al enseñar la facilidad de los medios con que se tranquiliza la conciencia y se desarma á Dios? ¿De qué sirve la perspectiva de castigos en la otra vida, si basta para inutilizar en efecto someterse en esta á practicar confesiones y ceremonias que... ni aun cesan dineros? ¿Para qué toda una vida de virtudes, si un tardío arrepentimiento, «el punto de contrición» de que nos habla el poeta, borra todas las manchas y crímenes cometidos?»

«¡Ah!, sé que he pecado—decía á Terri el ladrón número 609;—mas al confesarme, me perdona el sacerdote; y me confieso dos veces al año!» «Y en efecto—agrega este autor,—es natural que donde falta el sentido moral, este rito de la confesión puede ser considerado como un medio de conseguir el perdón, desde el momento que la misma Iglesia romana ha hecho una institución especial de esta remisión de los delitos, sujetándola á una tarifa, según resulta de la «Tasa de la penitencia apostólica». Así, el bandido Masini encontró con su gente á tres compatriotas, entre ellos un sacerdote, degolló á dos con un cuchillo mal afilado, y ensangrentada aún la mano, intimó al sacerdote para que lo confesase y le diese la Comunión; y otro criminal, condenado por once homicidios probados—que comía carne de sus víctimas,—desde que entraba en la cárcel se confesaba dos veces al mes; mientras que el cura Delacallonge, que estrangula á su querida, al levantarla del suelo y ver que aún daba señales de vida, aprovecha el instante para darle la absolución *in articulo mortis*».

No, no es la religión la barrera social que impide los excesos de las muchedumbres. Al puñal del asesino no lo detienen sus creencias. Un pueblo puede vivir honradamente sin religión; en cambio, cuando la moralidad pública se eclipsa, se forma en el orden social una sombra que espanta. Y no hay que olvidar que la falta de moralidad arriba, arma el brazo de la gente de abajo.

Lo necesario no es que el pueblo rece; lo necesario es que se le enseñe y se le den medios para ser bueno. Cualquiera creencia, por santa y venerada que sea, es inútil si no tiene por base la idea de llevar á la conciencia el cumplimiento del deber. Las creencias pasan y mueren; sólo la moral sobrevive triunfante. Sin sacerdotes, sin culto y sin prácticas exteriores, pero con honradez, verdad y buena fe, se vivirá también perfectamente, sin que aumentasen por eso los crímenes y los delitos. Después de todo, las religiones no son otra cosa que la moral divinizada. El mismo cristianismo, en el gran Océano de la vida, es seguramente una inmensa ola desde la cual descubre la mente humana grandes horizontes de ideales y esperanzas; pero la moral es el Océano mismo, tranquilo é inmenso, por encima de cuya superficie podrán deslizarse millones de religiones que irán á estrellarse contra las rocas del olvido, mientras él permanecerá por toda la eternidad grandioso, gigantesco é inmutable.

MARIANO CUBER

PREÁMBULO

Los colaboradores de El Motín tienen completa libertad para escribir lo que se les antoje, sin que se entienda que sus apreciaciones sobre ideas, hechos y personas son siempre las del periódico. En el número anterior precisamente inserté dos artículos, uno defendiendo á medias el modernismo y otro combatiéndolo.

Mas por esto mismo, y para diferenciarse de los periódicos de secta, acojo con idéntica imparcialidad los escritos de los que quieran combatir lo que aquellos digan, siempre que el asunto lo merezca y la forma sea adecuada.

Obedeciendo á este criterio, reproduzco á continuación un artículo que me ha remitido *Un Libertario*, cuyo nombre reservo porque así me lo pide, contestando á lo que *Mercurio* ha dicho sobre el anarquismo; como insertaré la contestación de éste, si la da, y la réplica del *Libertario*, si la escribe.

Si en la prensa se adoptara esta costumbre, muchas cuestiones quedarían completamente dilucidadas, y no como ahora, que les pasa á los lectores lo que á los fieles con los sermones; no oyen más que al cura, y, por lo tanto, les es imposible formarse opinión propia; oyen á otro orador en frente del cura, y

podrían comparar y elegir con perfecto conocimiento de causa.

En esto, como en muchas cosas, me separo de la costumbre, que es ya casi ley, y que consiste en que parezca mal todo lo que dicen los que no piensan como nosotros, y contribuir á que no se entere el público de lo que digan.

Y así se da el caso de que aparezca en un número de El Motín un artículo combatiendo tal declaración ó tal acto de un hombre político, y en el mismo número se inserte un artículo suyo que me parece bueno. Con Pi me ha ocurrido esto varias veces, por ser el que más escribe. ¡Pues no faltaría otra cosa, sino que yo, cuyo *oficio ha sido ir en busca de la verdad*, la ocultara ó errara los ojos por no verla, á pretexto de que no pensaba en todo como yo el que la traía! Dejo esta estúpida intransigencia á los pequeños, moral é intelectualmente hablando.

Y dicho esto á guisa de preámbulo, allá va el artículo del *Libertario*.

Sr. D. José Nakens.

Le agradecería mucho insertar usted en su periódico estas líneas, lo cual creo se dignará hacer, para dejar las cosas en el lugar que les pertenece.

AL SEÑOR MERCURIO

He leído en el núm. 35 del periódico El Motín, un artículo firmado por usted, que lo encabezaba *El anarquismo* y encima el emblema del jesuitismo que me ha producido desprecio, asco y risa.

En dicho artículo se ve claramente en usted un completo desconocimiento de lo que es dicha filosofía, lo conoce nada á los anarquistas, y mucha parte de mala intención.

Empieza su artículo diciendo: «Que el anarquismo es un misterio, ó mejor dicho, el anarquismo no es un misterio para toda persona que piense por cuenta propia.» ¿En qué quedamos, es ó no un misterio? Para usted, señor *Mercurio*, claramente se ve que es un misterio, y desde luego no debía de ocuparse más que de estudiarlo, porque los misterios no se pueden descifrar; y á usted se le ve completamente hecho un ignorante en esta parte.

Pregunta usted: «¿De qué vive el anarquista? ¿Quién dirige su organización internacional? ¿Quién sufre los gastos de sus clubs, de sus correspondencias, de sus viajes, de sus fondas, de sus ropas y hasta de sus armas mortíferas?»

No puede ser ya ignorar más. Aquí manifiesta bien claramente que no conoce ni la anarquía, ni á ningún anarquista.

Yo, señor *Mercurio*, conozco á bastantes entre los que me cuento, y no lo tenemos por ningún misterio, puesto que discurrimos y pensamos por cuenta propia, como así son nuestros actos. A usted ya se le ve la oreja que piensa por cuenta de otros. Por eso para nosotros esas preguntas que usted se hace están demás. Sin embargo, no estará demás que le manifieste que todos los anarquistas que conozco, incluso yo mismo, nos ganamos el pan con el producto de nuestro trabajo, y eso cuando lo tenemos, muy al contrario de lo que les sucede á muchos que no anarquistas.

Pregunta usted quién dirige nuestra organización y precisamente somos anarquistas porque no queremos directores.

Muchos, casi todos, hemos militado en las filas republicanas, y viendo que los directores ó jefes se han aprovechado del punto que ocupaban y ocupan, para sus miras particulares y nada en provecho de la humanidad, como bien claro lo manifiestan las Repúblicas constituidas, que el que trabaja para comer, es el que carece de lo más necesario, y la fuerza de las armas está siempre á disposición del explotador, lo mismo que en las monarquías, precisamente por eso luchamos, para transformar este estado de cosas, por una nueva sociedad donde todos los seres humanos sean respetados lo mismo. Para nosotros lo mismo es *Kropotkin* que el menos intelectual. Cada uno aporta su grano de arena para la gran causa y entre todos juntos estableceremos el reinado de la justicia.

Nuestros gastos nos los sufragamos nosotros mismos practicando la solidaridad y sacrificándonos en lo posible, cambiando las copas de vino que muchos débiles y despreocupados se echan en las tabernas, para salir luego á puñaladas, por periódicos, libros y folletos, en los que nunca habrá leído que se mate á un rey ni á un Papa. Si alguno así lo hace y así lo cree, se las arregla como pueda ó quiera, porque contra temperamentos é individuos no hay nada escrito. Siempre será un individuo y no la idea. No se confunda usted, señor *Mercurio*, anarquistas hay muchos y reyes mueren pocos.

Le extraña á usted, por lo cual nos considera jesuitas, que no se haya dado el caso de haber lanzado ninguna bomba en el Vaticano ni en ninguna iglesia.

Señor *Mercurio*, si tanto estorbo le hacen y tanto perjudican á su vista, vaya y las tire usted mismo, que me figure será persona como los demás. Porque de que les despreciamos tanto ó más que usted, nos los prueban los muchos actos civiles que llevamos á cabo, prescindiendo de mitras, incienso, y algunos hasta de jueces.

Entérese de todas las localidades de España y verá dónde se practican más actos de éstos, si en republicanos ó anarquistas. ¿Quiénes son los organizadores de los mítins que se han celebrado, anticlericales? Cuando menos en esta localidad (Zaragoza) puedo asegurar que los anarquistas.

¿No recuerda también la cuestión de Dreyfus en Francia, el papel importante que los anarquistas desempeñaron colocados siempre al lado de la justicia? ¿Y de varios casos ocurridos en algunas iglesias del mismo punto? ¿O es que usted no lee los periódicos, y si los lee sólo aprovecha lo que á usted le conviene, y no á la imparcialidad?

Al ocuparse usted de la célebre bomba de Cambril Nuevos, manifiesta, con una gran torpeza ó con una gran mala saña, que desconoce por completo ese infame proceso, ó si le conoce se propone insultar de nuevo á las víctimas, faltando descaradamente á la verdad.

Dice que—dicha bomba no alcanzó al obispo ni á los curas sirviendo para aprisionar á los demócratas, y reorganizar el partido anarquista.—¿Qué entiende usted por reorganizar? ¿Caer acerbillados á balazos, y al que no, matarlo lentamente por medio de las torturas é insanos y repugnantes calabozos? ¿Quiere usted negarnos que estos queridos compañeros eran anarquistas, y de que ellos no fueron los que arrojaron la bomba?

Pregunta usted á los que todavía continúan presos, qué ideales sustentan, y si quieren contestarle, podría usted escribir con más sinceridad y mejor buena fe.

Al mismo tiempo si usted quiere enterarse de quién arrojó aquella bomba, puede preguntárselo á Portas, y de esa manera no hablará mal de quien por sus elevados sentimientos de amor hacia la humanidad, sufrieron los tormentos de la moderna Inquisición española.

Y me despido diciéndole: «señor *Mercurio*, usted será muy sabio en otras materias, pero en ideales no estaría demás fuerza algo más allá de Torreldones, que con seguridad encontrará más corazonas y menos podredumbre.

UN LIBERTARIO

Zaragoza 4 Septiembre 1900.

PARTIDO NUEVO

Creo haber encontrado la receta para curar los males de España: formar un nuevo partido.

«Eramos pocos y parió mi abuela» me parece escuchar á coro.

¡Calma, lectores, calma! El partido que propongo sería partido nacional, *verdaderamente nacional*, no como ese que anuncian los comerciantes. En él cabrían hombres de todos los que existen actualmente en España, que ya son antiguos; pero no todos los hombres que hoy los componen. Como que en esto precisamente consistiría su fuerza y su poder.

No haría profesión de monárquico, ni de republicano, ni de carlista, ni de socialista. Dejaría al tiempo y á las circunstancias que decidieran lo que había de ser.

Y su programa se reduciría sencillamente á esto:

A eliminar, por el término de diez años, de todo cargo público y de toda influencia, directa ó indirecta, á los hombres que hubiesen sido, desde el día del levantamiento de Baire hasta la fecha, algo de esto que pongo á continuación: Ministros, subsecretarios, directores, senadores ó diputados, generales con mando de cuerpo en campaña, marinos con mando de buques, jefes de centros civiles y militares que hubiesen tenido intervención en asuntos de guerra.

Con este sencillo programa, que forzosamente traería al Gobierno, á las Cámaras, al Ejército, á la Marina y á la Administración hombres nuevos, se salvaría España, porque lo demás nos sería dado por añadidura.

Queda añadido el banderín de enganche.

LA DISCUTIRI

Muy incomodados se han puesto algunos anarquistas porque, después de haberlos publicado ocho ó diez periódicos, he insertado en El Motín los artículos de *Mercurio*, en que afirma que el anarquismo está movido por la Iglesia.

No lo afirmaré yo, por carecer de pruebas, pero sí repetiré lo que digo desde hace tiempo: que su obra aprovecha á la reacción. Léase con detenimiento el hermoso artículo de *Kropotkin* que va en este número.

Que yo sé—me dice un anarquista á quien conocí muchos años antes de que lo fuera, que ha condenado de palabra, por escrito y ante un juez los crímenes del anarquismo, y que se distingue por el odio justificado que profesa á los delatores—que yo sé que son falsas las imputaciones que hace *Mercurio* al anarquismo. Claro que lo sé, tratándose de él y de algunos más. Y añadiré: creo que cuantos han cometido actos criminales, obedecieron á una convicción profunda.

No he sido nunca anarquista, ni socialista siquiera; pero creo, modestias á un lado, que si el anarquismo consistiera únicamente en demoler lo viejo, lo podrido, lo injusto, podría yo aspirar con justicia al título de primer anarquista en España; todos juntos no han hecho hasta ahora más labor que yo solo en este sentido.

Pero considerando el anarquismo en organización para desorganizar, á fin de que llegue un día la humanidad á un estado de perfección que juzgo incompatible con su misma naturaleza, yo no soy, yo no seré nunca anarquista. Me he pasado la vida trabajando por el bienestar del pueblo, pero del pueblo que bulle y sufre hoy en el planeta, no del que vendrá, del que está todavía en los limbo del no ser. Se necesita una virtud y una abnegación muy grandes para preocuparse de lo que pueda ocurrirle á los hombres dentro de uno, diez, veinte siglos; y yo, lo confieso lealmente, no tengo ni la una ni la otra. ¡Si casi no me preocupo de mis probables nietos! Admiro á los que hacen lo contrario, pero me es imposible imitarlos.

Otro aspecto de la cuestión.

Los anarquistas, como los socialistas, combaten rudamente á los republicanos, y con razón muchas veces. No debían, por lo tanto, extrañarse de que algún republicano á lo *Mercurio* dijera lo que le pareciere de los anarquistas. ¿Que no era cierto? Pues á desmentirle, á convencerlo, ó á imponerse á él con la única autoridad que creo respetarán los anarquistas: la razón. Lo demás sería superar á la propia Iglesia en intolerancia y fanatismo. ¿O es que, siendo enemigos de todo privilegio, quieren apropiarse el de que no los discutan, ni los traten con injusticia, ni los injurien, ni los calumnien? En estas luchas hay que estar prevenido á todo, para no extrañarse de nada.

A discurrir, pues, señores anarquistas. No haciendo la apología del asesinato, par-

ticular ni colectivo, abiertas tienen las columnas de El Motín para combatir á los que en El Motín los combatan.

Y quizás yo mismo, si la ocasión se presta, tome pretexto de la polémica para dar á conocer unas impresiones recibidas de primera mano y que interesarán por lo curiosas. Es un hecho que tengo muchos deseos de referir, y que no lo he hecho hasta hoy por no mezclar en el relato ciertos nombres.

Con que á ello; y á ver si es cierto que de la discusión sale la luz.

Y termino rogando á los anarquistas que prescindan, por la misma santidad de su doctrina, de ciertas indignaciones cómicas y de ciertos propósitos poco dignos de los hombres del porvenir, si no llevan realmente, como dicen, la intención de servir á los del pasado.

—No hay nada que vigorice el estómago como la convicción de tener de su parte al Omnipotente y la esperanza fundada de que más allá de esta vida, si hay fuego y tormentos eternos para los pelagatos y descamisados que se atreven á discutirle, para las familias cristianas, esto es, para los que tienen religión y propiedad y antepasados, no puede haber más que bienandanza, una eternidad de éxtasis con mayonesa y de crevettes á la parisienne.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

Lo de Plasencia

Esta ciudad está indignada. Habla tranquila un poco la prisión del médico Monje, alias *Lamparones*, reo de uno de los robos de cuatro millones. del Colegio de San Calixto, cuando de pronto se ve que dicho señor, allí aborrecido por sus mañas y por ser hechura de su íntimo y auxiliar, había sido excarcelado y estaba en Plasencia libre, y clínico hasta el extremo de haber dado á un amigo que preparaba una gira de neos con él y de compañeros en el negocio, para celebrar su libertad.

Saberse esto en Plasencia y estallar la ira, fué todo uno. Al punto salió á luz una proclama violentísima, que no copio por haberla recojido la autoridad; pero reconozco que entre las injurias y dicerios en que abundaba, había muchas y muy tristes verdades. A mi juicio sólo era penable por caer de pie de imprenta.

Decir que era bochorno so para la población el que se paseara por ella *Lamparones*, el amigo del obispo; que á causa del robo se habían paralizado las obras de San Calixto y quedado sin trabajo muchos obreros y sin pan muchas familias, mientras los criminales se ríen y van de campo á celear su suerle; que era un insulto el hecho de que varios neos, siquiera sean insignificantes minoría, visiten ahora á *Lamparones* para felicitarle; y, en fin, que este viejo repugnante se pasease en Plasencia con el éxito que dice alcanzado por lo mucho que puede su partido, la verdad, dígame son pie de imprenta ó sir él, no es más que interpretar el sentimiento de una ciudad, y decir lo que es real é incontestable.

La hoja volante recojida incitaba al pueblo á una manifestación pacífica en contra de los defraudadores, lo que tampoco es penable y menos rigiendo en Plasencia las garantías constitucionales.

Pero como el *Lamparones* es conservador, y los conservadores han subido al poder con el propósito de acabar con la inmoralidad en todas sus manifestaciones, de aquí que hayan puesto en libertad al amigo del obispo y persigan á los que se escandalizan por ello.

Lo que se promete en la oposición hay que cumplirlo en el poder.

VIVA D. CARLOSI

Con el pretexto de coronar á la *Virgen de Begona*, ha habido una manifestación carlista de 6 ó 7.000 por sonas en procesión, con velas en las manos, estandartes, quiones de la Inquisición, comunidades de frailes carmelitas, agustinos, franciscanos, dominicos, pa sionistas, jesuitas, misioneros del Cora zón de María, y un centenar de curas carlistas que han traído las gentes de los pueblos, á las cuales han repartido medallas con el busto de don Carlos, al respaldo del de la Virgen de Begona.

Lo bueno es que habiendo sido esa manifestación para protestar de que la reina regente no tuviera á su lado jeuitas, ni frailes, cuando estuvo en el llbazo pocos días há, las autoridades civiles y militares han secundado la manifestación, en la cual no han ido las familias conocidas (ni aún las más religiosas) bilbainas y haber acordado el Ayuntamiento no asistir, por lo votos contra 7.

Lo horrible es que con las salvas que hicieron en Begona, y una vez que ya tanto son carlistas, por hacerlas pronto y no limpiar con el escobillón la plaza de una salva, á otra, salió el tiro y llevó las dos manos á un artillero y una á otro. Y no solamente no les han socorrido cor, un céntimo, ni obispos, ni nadie, sino que los jesuitas han dado orden á los periódicos de no hablar de ello, para que esos *lisiados liberales* (sic) no destruyesen las fiestas. Corro esto autorizado al salir la procesión para bajar la Virgen á Bilbao, muchos dicen que fué EL MILAGRO.

Y pensar que esos pobres lisiados lo han sido en un acto, no del servicio, sino del carlismo! Y pensar que al gobierno le falta valor para oponerse á esas manifestaciones carlistas! Y pensar que el pueblo es tan imbécil que va siempre á donde le llevan los que lo explotan! Y

pensar que los reñeros de nuestro infame directorio han veraneado tan tranquilamente! Y pensar que cuando se quiere calificar de macedo a un hombre se lo llama borrego, existiendo la palabra republicano! Y pensar...

Pero, no; vale más no pensar; es indigno de nosotros. Lo que debemos hacer es... pensar.

CRÓNICA NEGRA

Parece mentira, pero es verdad. Los únicos personajes oficiales que no se han sometido a las imperiosas vacaciones del estío, que no han descausado esta verano, han sido los verdugos.

Estos han ejercido muy pulidamente su alta misión en Alcalá y Teruel y pronto tendrán trabajo en Castellón y en Salamanca. En Castellón ha de darse muerte a una pareja, hombre y mujer, los reos de Alcobache, y en Salamanca se va a dar garrote a una mujer.

Agarrotará el verdugo, sino se aplaza la ira y se suaviza la crueldad de Silveira, a los reos de Alcobache y de Salamanca, como se ha dado ya garrote a los de Teruel y Alcalá de Henares.

Es digno de observarse que entre unas y otras ejecuciones ha registrado la crónica negra más crímenes que nunca. Si los verdugos han trabajado bien, no han holgado los asesinos y homicidas.

En Málaga, en su calle más céntrica, se mataron unos cuantos caballeretes; dos alcaides, dos procuradores, un secretario y un médico. Toda gente fina. Hubo dos muertos.

En Madrid se pelearon a cuchillo dos zapateros. No hubo más que un herido grave.

En Hinojosa del Duero es el criminal un joven de 17 años que venga la muerte de su padre, ocurrida hacía siete años. El criminal de ahora, entonces un niño, dijo al matador de su padre: «Vivirás lo que yo voy a ser hombre.» Creció el niño y ha cumplido su amenaza; ha matado al asesino de su padre.

Este vengador es mucho más simpático que la sociedad que venga asesinatos por mano del verdugo. Merece ser absuelto.

En un barranco cercano a Segorbe descubrió la guardia civil el cadáver de un hombre que había sido ahogado y quemado por dos hermanos suyos. Y este horrible crimen ocurre en la provincia de Castellón, donde acaba el verdugo de cumplir su misión en Villarreal, y se dispone a cumplirla nuevamente en la capital.

En Yecla viven dos moalbetes en una casa de lenocinio, y uno de ellos, apodado Calán—bonito mote para un asesino precoz—miente una bala en el corazón de su adversario.

En Pliego (Murcia) hemos tenido otro hijo vengador. Rinen en el campo dos laorriegos, uno da al otro mortal puñalada, y el hijo del herido mata a navajazos al agresor de su padre. No es este crimen tan hermoso como el de Salamanca; pero es mucho más disculpable que el cometido en Teruel por el verdugo.

En Málaga—Málaga otra vez—en la patria de Cánovas y de la esposa de Silveira, en la ciudad de los miles de taberneros y ninguna librería, ocurrió también que dos gitanos, jóvenes ambos, se pelearon, y no sólo se hirió uno a otro, sino que hirieron a la madre de uno de ellos y fueron causa de la muerte de un caballero que se impresionó de tal modo al ver la trágica escena, que cayó al suelo, víctima de un ataque cerebral.

Y el verdugo, en tanto, de viaje. Esta semana funcionará en Castellón.

De qué sirve la pena de muerte sino sirve de escarmiento? No escarmientaba cuando la vindicta pública se satisfacía en público, solamente, aparatosamente; menos escarmientará ahora que el verdugo mata a la chita callando, con arreglo a la ley Puigcaldé.

En Alcalá de Henares y en Teruel se ha dado garrote con arreglo a los últimos adelantos. Las cárceles de esas poblaciones están convertidas en mataderos clandestinos. Se cumplió la ley en patios húmedos, sombríos, delante de media docena de personas.

El reo en Teruel fué subido al tablado y no saben los privilegiados expectadores si murió de miedo ó extrangulado.

Así es la pena de muerte más horrible y menos disculpable. Matar a la luz del sol, en campo abierto, en presencia de millares de personas, custodiado el cadáver por fuerza militar, es menos feroz que matar en la sombra, de ocultas, entre unas cuantas personas. Lo teatral del cuadro en las ejecuciones a la antigua, les quita horror y les da grandeza. Asesinatos parecen perpetrados en la soledad de un patio de cárcel.

La sociedad matando en público y dejando 12 horas sobre el tablado al reo, como una pelele sobre una fútil, revela tener conciencia de que era justo lo que hacía. Matando sin testigos y en la soledad, sobre dar circunstancias agravantes a su crimen, mas alevoso así y rodeado de sombras que equivalen a la nocturnidad, demuestra así como vergüenza de lo que hace y desconfianza en la ejemplaridad de la pena.

Se ha dicho que es un progreso la ley Puigcaldé y no es verdad. Es sólo una circunstancia agravante. Antes la sociedad mataba al reo; ahora le asesina.

ROBERTO CASTROVIDO

El año pasado las carnes satisficieron por derechos de Matadero 7.151,136'81 pesetas, y éste, sólo lo ha hecho por 6.022,499'38; es decir, 1.128,637'43 pesetas menos que el

año pasado, ó sea 12,368 reales diarios, que casi representan otros tantos kilogramos de carne no consumidos por el vecindario de Madrid.

No, esa cuenta no está bien echada. Durante el año actual ha aumentado la población frailuna y monjil en la villa y corte, entre fijos y trashumantes, lo menos en 5.000 individuos. Cada uno de éstos se engulle, por término medio, un kilo de carne diario, lo que hace al año un total de 1.825,000 kilos, ó sea 8.200 reses de 420 arrobas, sin desperdicio de ninguna clase; cuya cantidad de kilos hay que rebajar de la que consume el vecindario.

Y dígame ahora qué carne queda para las personas decentes; para las verdaderas personas, vamos.

Esto de las estadísticas resulta una filfa casi siempre.

REUNIONES SOSPECHOSAS

Un colega, después de describir con pelos y señales los curas que ha habido y hay en la iglesia de la Buena dicha, dando sus nombres y apellidos y las obras buenas que han cometido, pregunta por qué ciertos clérigos y exfratres se reúnen con cierta asiduidad en la casa del rector y pasan allí largas horas, citando entre ellos, al párroco de Covadonga; á un señor capellán del Refugio; el colector que tiene fama de ser muy rico, pues perdió 100.000 pesetas nominales cuando la guerra de Cuba por manejar torpemente en hacer pignoraciones; (fué expulsado del pueblo en que residía antes de venir á Madrid); un clérigo joven que acaba de terminar la carrera de Letras; un capellán de regimiento que vive enfrente de esta iglesia; un escolapio exclaustrado; un P. Cipriano, exclaustrado de Filipinas (Orden de San Francisco); el colector de San Ildefonso; el rector de San Nicolás; un canónigo de Zamora; un excanónigo de Puerto Rico, y algún otro.

¿Qué hace allí tanto clérigo reunido y por tan largo tiempo, vuelve á preguntar, á veces desde la tarde á las tres ó las cuatro de la madrugada? Descartamos saberlo, porque en rezoar el oficio divino según el Breviario, no se tarda tanto; además el sitio aquel no es cómodo para tanta gente reunida ni tiene de por sí atractivo alguno. ¿Hay gato encerrado? ¿Qué pasa en esas reuniones? ¿Cuál es su objeto?

Mientras nos lo dicen trataremos de averiguar:

1.º De quién son hijos dos jóvenes, varón y hembra que viven con cierto párroco, quien fué el marido del ama de éste y de qué muerte falleció.

2.º Por qué un sacristán y estudiante se indignó mucho con el colector hasta perseguirle un día en la iglesia y en la calle.

3.º Por qué está en unas Arrepentidas cierta señora, madre del ama de un clérigo muy conocido del colector y desposeída de sus bienes.

4.º Si esa misma ama es una que fué hermana de la Caridad en Bilbao y se escapó de allí por indicaciones de un cura, y quién es una vieja rica llamada doña Pilar, que estuvo en el palacio episcopal á quitarse de ciertas cosas ocurridas en la Buena dicha.

5.º Por qué se rompió una pierna cierta ama de cura, ó si se la rompieron.

6.º Por qué cierto clérigo se dejó una vez en preadas un caliz y un alba de su propiedad, y por qué fué expulsado de un colegio donde explicaba cierto clérigo muy conocido en la Buena dicha y en cierta casa de una portera, cuya hija es muy agraciada, pero que ha tenido hace poco una desgracia de esas cuyo remedio se pide á San Ramón Nonnato.

Nada más, sino que el conocimiento de todo eso le interesa tanto al obispo como el de los misterios de esa reunión cotidiana clerical en la Buena dicha.

Las preguntas son tan sustanciosas que nadie las contestará seguramente. Son muy modestos los curas para hacer alarde de las acendradas virtudes que esas preguntas hacen sospechar.

LA IGLESIA

Largos siglos de dominación lleva la Iglesia. Nada eficaz ni permanente hizo nunca por los pobres.

Sus Francisco de Asís, Juan de Dios, Vicente de Paul y los muchos hombres que hoy venera en sus altares y que tan grande amor demostraron á sus semejantes pobres y desvalidos, ó realizaron una obra puramente personal de abnegación sublime, ó fundaron instituciones de caridad que en nada han alterado las consecuencias horribles de las desigualdades económicas.

El estado social, que la Iglesia pudo modificar cuando tuvo poder para ello, sigue hoy siendo fundamentalmente el mismo que antes de la aparición del cristianismo. Hoy hay señores y esclavos.

Mas he aquí que los esclavos se revelan y la Iglesia ve lo que no había visto en tantos siglos, y predica la caridad y ensalza el trabajo.

La caridad siempre la predicó; ¿cuándo dejó de haber hambrientos y ahitos sobre la tierra?

El trabajo siempre lo consideró como cosa vil, como un castigo impuesto al hombre por su pecado. Dios arroja del Paraíso al primer hombre y le condena al trabajo; Dios se hace hombre y para

más humillarse nace en un pesebre y en una familia de carpinteros; cuando los creyentes quieren infligirse mortificaciones duras y envilecedoras que los ensalcen á los ojos de Dios, se imponen en los conventos el trabajo personal...

La caridad, que denigra, ensalzada por la Iglesia; el trabajo, que ennoblece y engrandece al hombre, envilecido!

La Iglesia ha sido impotente para extender á todos el bienestar. Pone el Paraíso en otra vida.

El Paraíso está delante de nosotros, no en otra vida, sino en ésta, y llegaremos á él por el trabajo y por nuestro propio esfuerzo.

J. J. MORATO

Me dice un querido amigo, que el número de curas, frailes, jesuitas y hermanas de la caridad supea en Carabanchel al de vecinos; y que entre ellos y el clero que domina en todo el partido de Getafe, sin el que no se mueve ni la hoja en el árbol, los pocos republicanos que allí viven se encuentran como en el peor de los presidios.

Consuélese esos amigos con la idea de que á todos los republicanos de todos los pueblos pequeños les ocurre igual.

Estamos cogiendo los frutos de la inhabil política que nuestros prohombres han seguido.

CORRESPONDENCIA

«Barcelona».—E. G. P.—Querido amigo: Le he dado usted á la frase del artículo del señor Cincor un alcance que no tiene. El sólo quiso referirse á la oscuridad del concepto que respaldaba en el artículo del señor P. Suñer, debido indudablemente á su poca costumbre de manejar el castellano.

Comprendo que usted, dándole á la frase ese alcance, se refiera á una interpretación equivocada, haya creído que debía protestar; pero á la vez comprendo que usted que, no habiendo dicho nada la persona á quien iba dirigida, resultaría un poco anómalo insertar escritos de las agencias al asunto.

Y le doy estas explicaciones, porque debo hacerlo tratándose de un querido amigo, suscriptor y colaborador como lo es usted, no por creer que la cuestión que se debate tiene malicia la importancia, estando como estamos en lucha con tantos y tan poderosos enemigos.

Y ahora suplico á usted, para quedar yo seguro de que ha aceptado mi amistosa explicación, que me envíe pronto un artículo suyo.

A Juan Palomo, donde estuviere. (Y digo esto, porque no trae su carta indicación del sitio en que la escribe.) Hubiera insertado con mucho gusto el artículo que dedica usted á «Mercurio», a no tener ya compuesto al recibirlo el que usted verá en este número, de la misma índole y tendencias que el suyo.

«Puerto de Santa María».—F. T.—No se preocupe usted de esa pequeñez. Ni ahora ni nunca. Tiene usted razón. El pueblo español es hoy como lo pinta oye un discurso á Nocedal y lo aplaude, oye otro á Pablo Iglesias y lo mismo; y luego va á oír un sermón en que se combaten rudamente las ideas socialistas, y sale satisfecho.

En vista de esto, ¿cómo ha de venderse ahí El Motín? Lo primero que se necesita para saber leerlo, es tener sentido común y vergüenza, aunque no sea muy exageradamente.

Inglaterra é Irlanda registran seis asesinatos por cada millón de habitantes; Alemania, 11; Bélgica, 14; Francia, 16; Austria, 23; Hungría, 67; España, 83 é Italia, 95.

Como se ve, á más catolicismo, más asesinatos.

Y sigamos coronando vírgenes!

UNA MALA RACHA

¡Demonio! ¡Demonio! En Málaga ha ocurrido hace unos días uno de esos dramas íntimos que asombran y escandalizan.

En cierta casa no santa, entró ciego por la ira un caballero, buscando su honor que estaba hecho trizas.

La esposa infiel lo manchaba allí mismo, en compañía de un galán harto indiscreto, con quien á tal sitio iba.

Y hubo voces y hubo tiros y escándalo y tremolina, hasta que, imponiendo orden, llegó al fin la policía.

El desventurado esposo y la esposa pervertida, él, cada vez más airado, y ella, más muerta que viva, fueron presos á la cárcel, mientras el galán huía, según cuentan, disfrazado con faldas y con mantilla...

Lo más chistoso del lance, según todas las noticias, es que el galán es un cura, que de esta vez no se libra, porque el esposo, en querrela, ha acudido á la justicia, como diciendo al presbítero: «Ya te lo dirán de misas.»

Dicen que un fraile de Almansa, á una señora honradísima, hace también poco tiempo, mandó una extraña misiva.

Aquel inocente fraile parece que necesita una señora hacendosa y de buen ver todavía, que con el mayor arreglo le tenga la ropa limpia,

y si es preciso la cosa, si está rota ó descosida.

Pero el buen padre es tan dulce y una persona tan fina, y usa frases tan melosas, tan tiernas y tan pulidas,

que su carta ha despertado sospechas de la malicia y ha estado á punto el buen padre de llevar una paliza.

En todo hay rachas; pero esta es preciso que no siga, porque padecemos mucho las personas algo pías.

Un cura mata á su padre, otro asesina á una prima, otros afrentan ó quieren afrentar á una familia.

Por Dios, señores, ¿qué es esto? Hoy la reacción domina; pero no es aún para tanto...

¡Señores, que no se diga!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

SIGUE LA RACHA

Así encabeza el *Heraldo de Madrid* un telegrama fechado el 10 del actual en Oviedo:

El crimen de un clérigo.—Suceso misterioso. Muerte de un monaguillo.

Refiriéndose á lo mismo, dijo *El Noroeste* de Gijón el correspondal que tiene en Oviedo:

«Corran insistentes rumores de haberse cometido días atrás gravísimo delito en lugar sagrado. Supónese que los tribunales ignoran el hecho. Sirva *El Noroeste* de conducto autorizado para hacer llegar á los fiscales los clamores de la opinión.»

Y en gacetiña aparte, dijo *El Noroeste*, que era objeto de muchos comentarios la muerte de un monaguillo de una parroquia de Oviedo, sobre todo desde que se supo que el muchacho había muerto por haber recibido un fuerte golpe.

No necesitaré decir que ese cura no era suscriptor de *El Motín*.

LA MARQUESA

CUENTO

La marquesa viuda de Rocafuerte era una mujer alta y gruesa, de rostro ovalado y facciones grandes, nariz aguileña, ojos pequeños de penetrante mirar, pelo gris que artísticamente rizado, á peluca del tiempo de Luis XIV se asemejaba; cuidadosa de la toilette aunque luciendo siempre trajes de colores oscuros; conjunto agradable y conversación continua en que se mezclaban las consideraciones y noticias más piadosas á las noticias más alegres, escabrosas y pícaras.

En Madrid no había nadie que no aludara á la Marquesa. Viuda de un hombre en quien los títulos de nobleza se habían unido á relevantes servicios prestados á la patria; dueña de una fortuna que le permitía vivir rodeada de todas las esplendideces y refinamientos del lujo; aficionada á congregarse á sus amigos frecuentemente en banquetes, tertulias y tréscos; y al mismo tiempo perteneciendo á todas las congregaciones piadosas y de beneficencia; mereciendo la láctea amistad de los jesuitas y aun las visitas del mismo Nuncio de su Santidad, todos á una vez declaraban que la Marquesa era una dama de gran talento, trato amabilísimo é indiscutibles virtudes cristianas.

Sin embargo no era feliz. En su vida, que pudiera haber sido un cielo diáfano y luminoso, había una nube negra y pesada de penas y disgustos. El único hijo, el heredero de títulos y fortuna, el espejo en que las cualidades de la madre debían haberse fielmente reflejado, antes de llegar á la mayor edad había contraído matrimonio con una mujer indigna de él; una obrera hermosa, es verdad, virtuosa también, según pública voz y fama; no exenta de educación, pero falta por completo de genealogía ilustre; agena á los usos de la buena sociedad, desprovista de las cualidades todas que se estiman en los salones, y pobre, tan pobre, que antes de su enlace, confeccionando corsés ganaba lo estrictamente necesario para atender á sus necesidades y al cuidado de su anciana y achacosa madre.

Amenestaciones cariñosas, amenazas violentas, influencias de los amigos, consejos de virtuosos sacerdotes, todo lo puso en juego la Marquesa para impedir aquella boda que, decía, era la deshonra de su casa, la desdicha de su vida, el naufragio de todas sus ilusiones, deseos y esperanzas maternales.

El joven Rocafuerte, que nunca hasta entonces había dado un disgusto á su madre; que si no había estudiado absolutamente nada ni hecho más que gnar caballos, montar en bicicleta, apuntar á una carta en el Velez, viajar en el estío y asistir al Real en invierno era lo que se llama un corazón de oro, se mantuvo firme, inmovilizable cuando de su boda se trató. Desoyó los consejos, desafió las amenazas, no se conmovió con las lágrimas, resistió los argumentos, arrojó las terribles consecuencias, y sin que su madre asistiera, sin un amigo que le sirviera de testigo ni más compañía que la de algún pariente de su futura, se casó después de haber obtenido un destino de seis mil reales, alquilado un sotabanco en barrio extraviado y declarado que se conformaba, puesto que no había otro remedio, con la decisión de su madre de no darle un solo céntimo, toda vez que ella era dueña absoluta de su fortuna.

«Yo no tengo hijo!» Había dicho solemnemente la Marquesa el día de la boda. «Carlos debe pensar que no tiene madre desde este momento!»

A pasar de todo siguió la madre dama presidiendo sus juntas benéficas y jugando sus interminables partidas de tréscos, y así transcurrieron tres años, durante los cuales se supo que Carlos, cambiado su carácter frívolo y voluble, asistía á la oficina con puntualidad de cronómetro; que su mujer trabajaba también para ayudar á satisfacer los gastos de la casa; que aquel hogar se había iluminado con la presencia de un niño; que la paz y la felicidad que se niegan tantas veces á vivir en la casa de los poderosos, habían tenido el inesplicable capricho de instalarse en aquel sotabanco tan pobre, y que allí no se deseaba ni se echaba de menos más que la presencia y el cariño de la aristocrática abuela.

Un día la Marquesa había salido temprano para asistir á la comunión general que en los pri-

meros viernes de mes practica puntualmente el apostolado de la Oración; la doncella de confianza, Juanita, limpiaba con finísimo plumero los *bibels* que llenaban mesas y *celogeros* en el *boudoir* de su señora, cuando una campana que retumbó en la bóveda de la escalera anunció una visita, y al poco tiempo entró en el *boudoir* una mujer joven, hermosísima, llevando un niño en brazos, y en cuyo rostro se pintaba una viva emoción mezcla de angustia y de temor.

—¿Qué ocurre, señorita Emilia?

—Déjame que me sienta; he venido en un coche, y sin embargo las piernas no me sostienen.

—Pero la señora va á llegar, y si la encuentra á usted aquí...

—Vengo á buscarla, á hablarle...

—¿Usted á ella?

—Sí, yo á ella. Es imposible que no atienda á la súplica que voy á hacerle, porque no quiero nada para nosotros; es para el niño. Carlos no quería que viniera, pero yo lo arrostré todo por mi hijo.

—¿Ay señorita! Temo que...

—¿Que me diga alguna cosa desagradable? Estoy dispuesta á todo.

—Pero ¿le qué se trata?

—De que el niño se desmejora por momentos; que el médico dice que hay que llevarle á respirar el aire del mar, y que Carlos y yo no tenemos más que un pensamiento incesante, el mar, donde está la vida de nuestro hijo. Se necesita dinero, y...

—Y usted cree que la señora va á darle algo?

—Lo creo y lo creo firmemente. ¿No es presidente de todas las juntas de beneficencia? Pues que sea su nieto el primer desvalido á quien socorra.

—No va á querer ni aun hablar una palabra. Usted no sabe cómo se pone en cuanto se le habla del señorito Carlos.

—Claro, el señorito no quiso seguir sus consejos; no se avino á que la hora, la felicidad, la vida de una pobre vieja y una niña se destruyeran para distracción de una noche, como un sport semejante á cazar liebres ó patinar.

—¿Lo ve usted? Si la señora oyera eso que usted dice, ya la tendríamos armada.

—Yo no he de decir á la señora nada que le degrade, nada absolutamente. No voy á hacerle más que mostrarle á su nieto, que es su vivo retrato, á su nieto democrático, anémico, que ya no juega, ni ríe, ni duerme tranquilo, ¡que se muere, Juanita! ¡que se nos muere! y decida: ¿sírvale usted que tiene medios para ello! ¡sírvale usted por Dios, por caridad!...

—Mire usted, lo mejor será que usted se esconda en mi cuarto con el niño; que la señora no le encuentre á usted aquí, y yo veré de irle preparando para la entrevista.

—¿Qué buena eres, Juanita! Vamos á tu cuarto y Dios quiera que salgamos con bien.

Apenas las dos mujeres habían salido del *boudoir*, cuando el rodar de un coche sobre las losas del portal anunció que entraba la duquesa de la casa. Antes de aparecer en la habitación ya se la oyó hablar en voz muy alta diciendo:

—Vengo muerta. ¡Estas comuniones me van á matar! ¡No hay fuerzas que resistan! Y entrando seguida de Juanita. ¿A quien ya había entregado la riquísima mantilla de encaje que cubría su rizada y clásica cabeza, se dejó caer en una *chaise longue* con señales de gran cansancio y fatiga.

—¿Tomará la señora el desayuno?

—Sí, toca el témbre y que me traiga Pape chocolate y unos bizcochos... Tenemos que hablar un y por, porque no sabes en el compromiso en que me han puesto la Duquesa y la Generala, á quienes no puedo negar nada. Se trata de la *hermes* que va á haber hoy en los jardines del Retiro. Todas las señoras de la sociedad van á hacer algo para contribuir al sostenimiento del asilo de huérfanos, y á mí me han destinado á despachar horchata de chufas.

—¿La señora Marquesa va á...?

—A despachar horchata cobrando cinco duros por cada vaso. Hay que poner los ojos en lo benéfico del objeto á que se destinan los fondos que recaudemos. ¿Cuántos pobres niños tendrán pan y cuidados en sus enfermedades!

—Verdaderamente que no puede darse nada más hermoso. ¡Interesan tanto los niños!...

—Tiene, pues, que sacarme el vestido de *mórb* color claro, el pañuelo de Manila que llevé al baile de casa de Nájera y el abanico antiguo, aquel grande.

—En seguida lo voy á preparar todo, porque desde que sé que es para que los pobres niños vayan á los baños de mar, si los necesitan, y...

—Mira, me has de peinar con un peinado valenciano; un *rodele* donde me pondré unos clavos.

—Y ¿hay muchos niños en el asilo ese?

—Muchos. No te olvides de decir á Pedro, el cochero, que enjaque los caballos con las guarniciones que compré en París y les ponga unas flores en los frontales.

—Y ¿hasta qué edad?

—Que se pongan él y Julián las libreas nuevas y el calzón corto. De seguro todas llevarán los tréncos de más lujo.

—Los lucifanitos ¿queden?

—¡Ah! y la peineta que presté á la Baronesa para ir al baile de máscaras ¿la devolví?

—Sí, señora, la devolví; está en el armario de luna.

—Bueno, pues á vestirme. No tengo un momento que perder. Que ahora anochece en seguida, y es la una, muy cerca.

La Marquesa se levanta y se va, y Juanita exclama:

—«¡Nada, que no hay manera de hablar aquí de niños, ni de huérfanos, ni de nada.»

Permanece el *boudoir* silencioso durante algún tiempo, hasta que aparece la Marquesa vestida con un traje color de lila; casi cubierta por un magnífico pañuelo de Manila en que sobre un fondo amarillado se destacaban enormes flores de vivísimo color; peinada artísticamente y luciendo sobre sus cabellos grises buen y lpe de rojos clavos, mientras por otra puerta entra la que Juana llamó Emilia y era, según todos los indicios, hija política de la encoquetada señora.

—¿Usted aquí? exclama con cítrico acento la Marquesa.

—Sí, señora, vengo porque...

—Usted no tiene que venir á esta casa para nada ¡á esta casa que ha infernalado!

—Es que el niño...

—No tengo nada que ver con ustedes ni con su hijo.

—Está enfermo, señora Marquesa, está enfermo; lo he traído, se ha quedado dormido en la cama de Juana...

—¿Cómo? ¿se ha atrevido usted? ¿está aquí ese niño? ¿Fuera los dos! ¡al instante!

—¿Señora!... ¡Por Dios! ¡Que se nos muera! Demostré lo indispensable para llevarlo á los baños... ¡En tercera clase!... Una vez allí, yo trabajé para alimentarlo.

—¡Oh, qué pesadez! Voy á llamarle á la *hermes*. ¡Esoos pobres huérfanos!

Y se aleja desprendiéndose de Emilia, que, arrodillada, le ha cogido entre las suyas su mano derecha y se la besa regándole con sus lágrimas.

GIL BLAS DE SANTALLANA

En la *Historia de Inglaterra*, traducida por Hernández de los Ríos, página 215, leo:

«Lord Shaffesbury fué el hombre extraordinario de su siglo. Fué individuo del parlamento targo y tuvo influencia entre los presbiterianos; fué favorito de Cromwell; fué celoso partidario de la restauración, en la que tomó una parte importante. Era turbulento, ambicioso, flexible y emprendedor. Venció todo sentimiento de vergüenza, y al cambiar de partido tan á menudo como le pareció, supo conservar la reputación de no haber vendido nunca á sus amigos.»

Si yo creyera en las reencarnaciones de que nos habla el espiritismo, llamaría desde hoy á Romero Robledo, lord Shaffesbury.

El milagro de la virgen

He leído, no sé si en la voluminosa obra del conde de Fabraquer titulada *Historia, tradiciones y leyendas de las imágenes aparecidas en España*, 6 en algún otro libro piadoso de los innumerables que en todo el orbe cristiano se han escrito para ensalzar á la Madre de Dios, la narración de un milagro que acaso no conozcan muchos de mis lectores.

En una antigua ciudad de España—el nombre de la ciudad se me ha olvidado—existe desde tiempo inmemorial una imagen de la Virgen, ante la cual se han prosternado centenares de generaciones. Ella ha sido la protectora de todos los desgraciados de la comarca. El naufragio que milagrosamente se salvó de la borrasca; el enfermo que sanó de mortal enfermedad; el huérfano que encontró amparo; el soldado que volvió de la guerra; la madre que recobró al hijo que lloraba perdido... todos depositaron á los pies de la Reina del Cielo el tributo de sus oraciones y las lágrimas de su agradecimiento. Y los que no encontraron en la tierra piedad, ni justicia, ni amor, á la veneranda imagen pidieron que los mirase con ojos de misericordia.

Y ocurrió una vez que la piedad de los ricos de aquella región quiso ofrecer á su excelsa Soberana una joya que excediera en valor á cuanto de más magnificencia brilla en las sienes de las Reinas y Emperatrices de la tierra. Las más opulentas damas arrancaron de sus alhajas las mejores piedras, y los más hábiles artífices engarzaron en afiligranada corona de oro purísimo perlas y diamantes de tanto precio como los que adornan la corona que el pueblo de Bilbao va á ofrecer á la Virgen de Begoña. En vistosa procesión, formada por lo más ilustre de la gente de aquella comarca, y de multitud de peregrinos llegados de remotos países; la magnífica joya fué llevada al templo en que se veneraba la sagrada imagen.

Nunca como el día de la ceremonia había resonado el órgano de la iglesia con tan sublimes armonías; jamás el *Carmen magnificat* y la *Salve*, cantados por voces que parecían de ángeles, estremecieron con fervor tan hondo el corazón de los fieles. Millares de cirios ardían en el altar; las capas de los sacerdotes, bordadas de oro, brillaban como constelaciones entre las nubes del incienso, y por encima de todos aquellos esplendores la imagen, con su manto azul, su cabellera rubia esparcida sobre los hombros, las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos extáticos contemplando misteriosas lejanías, parecía pronta á elevarse al Cielo, como en Efezo se elevó, después de su vida mortal, la madre del Salvador...

Los sacerdotes colocaron en las sienes de la sagrada escultura la joya preciosísima... Y entonces vióse un prodigio. La Virgen separó las manos del pecho, quitóse la corona y, en voz que oyeran sólo los sacerdotes, dijo, según la leyenda:

«Agradezco el don, pero dad su valor á los pobres; mis mejores perlas son las lágrimas de agradecimiento que vierten los desgraciados.»

Así, sobre poco más ó menos, lo refiere una vieja tradición.

¿Que á quien pertenece el artículo anterior? A Francisco F. Villegas, que firma con el seudónimo de *Zea* en un periódico conservador: *La Época*. Es la nota más viva que se ha dado contra la coronación de la Virgen de Begoña y de otras Vírgenes.

Pues por una contradicción inexplicable, se viene dando el caso de que los menos liberales sean los que, de vez en cuando, combatan las tendencias que pugnan con las ideas democráticas.

Esto debería avergonzar á los periódicos de esta escuela. Pero ¡quién! Cada día dan una prueba nueva de que son muy arrimados á la Iglesia, hipócritamente hablando.

INFORMACIÓN... POLÍTICA

(DIÁLOGO FANTÁSTICO)

PERSONAS:—Don Escolástico de Loredó, diputado á Dóres por Villar del... Humo y tanto por se y por accidens desde el primer instante de su ser natural. Representa de 48 á 50 años y usa calva de las llamadas de zapatero, calva que debe su origen á una sífilis que tuvo allá... en su juventud. Detalle importante es éste, si se atiende á que esa carencia de cuero cabelludo puede dar lugar á lamentables interpretaciones.

Federico Muñoz.—Periodista y malabarista en un diario de escasa circulación.—Es una alhaja. Lo mismo hace un fondito que un suelto demostrando cómo el «Odol» es el dentífrico más dentífrico de todos los hasta el día inventados, así en España como fuera de ella.—Cobra 18 duros con cargo al capítulo de imprevisos... guardias de seguridad, y es el alma del periódico destinado eternamente á padecer persecución por la justicia. Amen.

La acción.—de Mal tiempo—en un despacho, extenso hasta donde ustedes quieran. Me abstengo de entrar en detalles.—Dísteles saber para juzgar del buen gusto del señor de Loredó, que las paredes están adornadas con unos cuantos cuadros, cuyo valor fluctúa entre 10 y 25 pesetas, procedentes de las tan acreditadas subastas al martillo. De libros, Pérez Escrich, representado por La Mujer adúltera; Paul de Kock por Gustavo el calavera. Colecciones legislativas de diferentes años, obras de Cetreria y el corriente almanaque del Tío Jindama.

Un criado anuncia al señor Muñoz (don Federico).

De Loredó.—(Levantándose y yendo á su encuentro). Tanto gusto ¡qué tal, qué tal! Siéntese, siéntese.—¿Y á qué debo el honor de esta visita?

Muñoz.—Pues venía á ver á usted con el objeto de escuchar sus opiniones acerca de los problemas políticos pendientes... (De una almeha quisiera yo ver á algunos políticos sin problemas).

De Loredó.—Tal distinción me honra en extremo, y no obstante mi apartamiento de la política, daré mi opinión. Basta que venga representando á «El Calceñín Silencioso» para que yo me crea en el ineludible deber de hacerlo.

(Las brisas de Academias soplan por cima de aquella testa digna de ser coronada con una ristra de ajos.—Los muelles del sillón en que está sentado se quejan lúgubramente y el señor De Loredó comienza á discursar sobre la cosa pública de este modo.)

De Loredó.—En mi sentir... (Hombre, qué raro ¡ya no se usa el *entiendo* yo!) los momentos son graves. (Si, como un buque, como un arcipreste, ó como el marqués de Vadillo). La minoría *loredista*... (¿Y tan minoría como que son hasta tres diputados) no ha podido oponerse á la aprobación de los presupuestos actuales, porque no obstante salir en ellos los contribuyentes tanto mal parados, no se hubiera visto en semejante proceder, sino una manera de oposición sistemática, absurda, imprecudente... (á el lápiz con que Muñoz apunta la conversación se le cae la punta, y esto da origen á un pequeño retraso). Se impone un cambio radical en los hábitos de los partidos... (En los hábitos, no, porque hemos convenido en que no hacen al monje; en donde se impone es en otra cosa.) Si antes del nuevo período parlamentario no ha caído el actual gobierno, habrá que resignarse á creer en su inviolabilidad, habrá que resignarse á creer en su infalibilidad, habrá que resignarse á creer en su... (De Loredó, arrastrado por el período parlamentario, llegó al gramatical, y he aquí que no encuentra la palabra adecuada, capaz, de por sí sola, redondear el párrafo. Tose repetidas veces, pues sabido es que la tos ayuda mucho á la inteligencia.—Experiencias *bicamerales*, donde los representantes del país parecen enfermos del sanatorio de Bussot)... habrá que resignarse á creer, repito, en su *habilidad*. Sí, señor; porque es innegable, á todas luces innegable que los pueblos, como dijo no sé quién, son árbitros de sus destinos y fatalmente han de tener los gobiernos que se merecen.

La ley de moratorias, el impuesto sobre los explosivos, el sobre la sal, (si puedes, querido Muñoz) las nuevas reformas en instrucción (lo que á él le hace falta) pública... todo eso será discutido por la minoría que tengo el honor de presidir con toda la extensión que asuntos tan importantes requieren.—No dudamos de lo infructuoso de nuestra gestión, porque al cabo (¿de la calle?) somos los *menos* (los menos, ó los menos), pero al terminar nuestra campaña (con razón decía yo al principio «acción de Mal tiempo») podremos decir con la cabeza muy levantada, que hemos cumplido con nuestro deber, como españoles, como diputados y como patriotas.—(Aquí termina De Loredó. Muñoz así lo comprende y se dispone á salir, no sin ser antes obsequiado con una breva... filipina, por el *ilustre* jefe de la minoría *loredista*).

Y ustedes—mis lectores—¡creerán que el señor De Loredó hace papel de *pingüino* en el Congreso? Pues no hay tal cosa.—Es hasta uno de los prohombres... Y sus electores están entusiasmadísimos con él, porque el año 94 consiguió del gobierno la concesión de una carretera que atraviesa por una dehesa de su propiedad y en la cual suele el señor De Loredó pasar largas temporadas.

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

En todas partes igual

Un querido colega de Girona, *El Autonomista*, contesta de este modo á las preguntas que hice en el mismo, referente á lo que se susurraba del vicario de Amer con una niña, y á la expulsión de un cura, á viva fuerza, del palacio episcopal:

«No se averiguó nada: se sabe que ocurrió algo en la sacristía; lo dijo en voz baja todo el pueblo, y nada más.

«A raíz de ese rumor fué trasladado el vicario á otro pueblo. Nosotros dijimos que, de ser cierto, un traslado no significaba un hecho de justicia.

Todo fué en vano. En Girona manda la cogulla, como desgraciadamente lo hace en toda España: manda hasta que verga un 35 ú otra revolución parecida. Que es el único remedio que nos queda.

Aquel pobre día lo de los Angeles, aún sigue

sin una peseta de las tres mil que por diferentes conceptos se le adeudan y que se dijo que fué arrojado del palacio episcopal al reclamarlas.

Es muy bonita esa humildad cristiana. Es un ejemplo digno de emulación.

He aquí, amigo y excomulgado Nakens, lo sucedido.

Son cosas que deberían afectar á todo el mundo, pero que á nadie... interesan. Somos en este país muy... despreocupados.

Como se puede ser perfecto republicano é ir á postrarse á los pies de nuestro acaudalado mirado y mandar los chicos con los jesuitas.

Y digo jesuitas sin distinción de hábitos. ¡Que hay bastantes jesuitas!

¡Que si los hay, compañero! En pocas partes como en esta redacción puede comprarse esa verdad.

Casi pudiera decir, con pocas excepciones, la fecha en que suscriptores y correspondientes se han hecho jesuitas: aquella en que han dejado EL MOTIN.

Unos se han disculpado de una manera, otros de otra; en el fondo no ha habido más que esto: ingreso en la Compañía, ó temor á disgustarla.

¡Qué cobardes y qué hipócritas! Más decentes me resultan sus mujeres, á pesar de relacionarse con jesuitas, frailes y curas.

Las especies de pan en Madrid contribuyeron en el ejercicio de 1898-99 con la cantidad de pesetas 1.667,716'84, y en el segundo semestre con la de 844,785'07.

¡Diez millones y pico de reales sacados á la miseria! Bien dicen que la miseria es el primer contribuyente de los pueblos donde la equidad es un mito.

Mas no por esto se ha alterado la armonía universal. Esa suma arrancada cruelmente á la miseria, ha producido gran número de enfermedades en las que algo han ganado médicos y boticarios; ha proporcionado entrada á los prestamistas de prendas baratas; ha fomentado la industria de las funerarias; ha llevado á los curas misas y responsos... Y vamos viviendo.

Esto sin contar con los robos, asesinatos y prostituciones que la miseria incuba y que encienden los hornillos en las cocinas de jueces, escribanos, fuerza pública, etc., etc.

Y véase por qué misteriosos caminos el impuesto sobre el pan del pobre, es origen de bienestar y riqueza.

LO DE BEGOÑA

Han terminado las fiestas, ó mejor dicho, la manifestación carlo-alfonsino-reaccionario-jesuita de Bilbao.

Como ejemplar curiosísimo del neo catolicismo fin de siglo, no ha tenido precio este alarde provocativo é imprudente. Si quería manifestarse como es el convencionalismo religioso, no hay duda que lo ha conseguido.

Todas las cursilerías, al parecer religiosas, en el fondo y realidad irreverentes; todas las contradicciones, anacronismos, rutinas egoístas y supersticiosas; todas las preocupaciones, orgullos y variedades; todas las hipocresías y convencionalismos adornados de teatrales é irreligiosos aparatos, han aparecido allí á la luz del sol descaados y en actitud de reto.

Todo el mundo gormoteó por un lado, fanático por otro, por aquí incrédulo, por allí supersticioso y rutinario, con sus obispos, sus frailes, sus generales, sus presidentes de diputación llevando pendones, sus ricachos tirando el oro que niegan al pobre y al obrero, su gleba de comparsas fantásticas ó utilitarias, se ha exhibido con un fútil, futilísimo pretexto al mandato del clericalismo.

Tratábase en apariencia de coronar á una imagen que siempre llevó corona; en realidad, lo que se deseaba era decir ¡eh! ¡liberalismo! ¡que estoy yo aquí! ¡mucho cuidado! y se ha conseguido el objeto. Para ello... Pero digamos antes algo de la fiesta en sí misma; los hechos son un libro como otro cualquiera.

No hagamos mucho aprecio de las iluminaciones y cohetes, de la confusión que ha reinado en tan enorme confluencia de elementos heterogéneos, de las tribunas de pago, sillitas y entradas con papeletas; de las turbas de peregrinos borrachos y de bribones, más ó menos altos, que aprovecharon las fiestas para su profesión é intereses; ni nos paremos á ver el espectáculo tristísimo de dos artilleros destruidos al pie del cañón, pero no en defensa de la patria, sino en servicio y honor ridículo del carlismo, eterno enemigo del Ejército; ni pensemos en las pendencias, desmayos femeniles, rivalidades de cofradía, gritos de ciertas heridas fantásticas y otras muchas brutalidades y miserias.

Tienen más interés otros aspectos de la manifestación. El primero de todos es el reaccionario y fraileño. Los carlistas y los bizcaitarras han hecho en la algarada un importante papel. Ciertamente el ayuntamiento de Bilbao no ha querido asistir á las fiestas, ocasionando dimisiones, protestas y disgustos; pero dos autoridades militares, los generales Aguirre y Porras, con todos sus subordinados, se han puesto á disposición del carlismo organizador y han formado con los socios de San Vicente de Paul, con los mil obreros del patronato clerical bilbaíno y con la turba de neos de todos los matices, escoltando á los diputados provinciales pendonistas, á los curas, á los frailes y á los obispos; que así olvidan ciertos elementos recientes depurados, y... ¡qué alegría la de los ricos bilbaínos sometidos al jesuitismo! ¡Qué gozo el de aquellas señoras y señoritas que en los días de elecciones bajaron á conquistar los votos de los obreros, dejándose hasta besar por ellos con tal que no votaran al candidato entredicho por los jesuitas!

Esas señoras habían pedido por telégrafo que el Estado concediese á la Virgen honores regios, que es como si Dato nombrara al Padre Eterno jefe de administración honorario con uso de uniforme, y estaban que no cabían en el corsé de orgullosas. ¡Oh la reacción! No hay nada más... femenino.

Y la reacción es del fraile. De cerca de cuarenta sermones y pláticas que se han predicado, treinta han salido por boca de fraile, quedando el clero completamente desairado y relegado al más ínfimo lugar ante aquella multitud dominan-

te de jesuitas, pasionistas, corazonistas de María, trinitarios, agustinos, carmelitas, capuchinos, franciscanos y demás frailería; pues de todos esos institutos hay en Bilbao. De los trece obispos allí congregados eran frailes los de Burgos, Jaca, Salamanca, Sigüenza, Pamplona y otro, es decir, la mitad, debiendo casi todos los restantes sus mitras al jesuitismo, que los tiene á su devoción y servicio.

Sabido esto, casi no hay que decir que todos los sermones han sido verdaderas soflamas contra la libertad, llenas de execraciones al liberalismo, (ahí duele) al parlamentarismo, á lo existente, prensa, instituciones y cuanto forma é informa la vida moderna, y además ardientes panegíricos proclamas del absolutismo y de la Inquisición.

Cuando se ha querido más impunemente atreverse á todo, sin exceptuar á la corona, se ha predicado en vascuense, ante auditorios compuestos casi exclusivamente del pueblo ignorante é impresionable. Doce ó trece sermones lo menos han oído las turbas en esta lengua que no entienden las autoridades, los periodistas y los forasteros sospechosos de liberalismo. Calcúlese lo que en tales peroratas habrán dicho los frailes intercalado con los atroces desatinos teológicos que exigía el obligado tema de la coronación de una escultura.

El Padre Cardona dicen que ha dicho disparates como pirámides de Egipto; otros obispos y predicadores han hablado como lo harían mujeres, con desplantes increíbles y heréticos, tan escandalosos y audaces, que los teólogos menos instruidos y los críticos menos severos se han asustado.

¿Y qué? ¿no se tira precisamente á eso? ¿á embrutecer, extraviar y excitar á la masa para tenerla dispuesta á echarse al campo cuando en nombre de la religión se le ordene? Pues fuerza es reconocer que los clericales saben por dónde se andan; y que podremos indignarnos y gritar y lamentarnos, pero no tenemos derecho á censurar á los que tal hacen. Ellos están en su terreno. Nosotros hemos desertado del nuestro.

Esos obispos, esos curas, esos frailes y esas monjas que trabajan por lo suyo, la venida de don Carlos, son más decentes que nosotros, olvidados de trabajar por lo nuestro.

LOS SALESIANOS

Han caído estos frailes sobre España, no como piadosos, aunque equivocados, misioneros, sino como invasión de explotadores sin pudor y sin conciencia que creen haber venido á un pueblo semisalvaje á tratar litigio en mano á sus ignorantes y cobardes habitantes.

Han venido dispuestos á afincarse en nuestro suelo extendiendo sobre él sus garras, y para ello creen que no es necesario guadar género alguno de formas y consideraciones, sino lanzarse decididos á la persecución del dinero y de los tontos, sin el menor disimulo, respeto, ni vergüenza, como en país conquistado.

Como su instituto aparenta estar consagrado á un fin benéfico social, estos frailes de procedencia italiana, y con esto está dicho lo que serán, no tardan mucho en conquistar á los necios tocando el resorte de su indiscreta compasión; y como á la vez se proclaman entre los altos personajes agentes secretos de la reacción vaticanista, los progresos que llevan ya conseguidos en España son más que para alarmar á todo el que se preocupe de la prosperidad é independencia nacional.

Si, es necesario decirlo á menudo y muy alto; aquel que quiera ver á España inundada de frailes, ó es un estúpido ó lo que quiere es verla sojuzgada por el extranjero. La prueba de esto es un hecho (los hechos son las mejores pruebas del mundo): el de que todas las órdenes, frairlunas ó monjiles, no gastan un céntimo en las sucursales que establecen en España, ni consienten que exista una sola de ellas, si no produce, dentro de un plazo dado, lo necesario para sostenerse, y además una considerable *renta anual*, que enviar á la Casa Madre, ó guardarla hasta que el superior extranjero venga, como todos los años viene, á llevársela, haciendo la recolección de convento en convento de su orden.

Esos venerables fraileotes, á veces gordos como cebones, á veces viejos apesados, con cara de usureros, que periódicamente aparecen en nuestras ciudades donde hay frailes; esas monjas rollizas, mofletudas y de exuberantes redondeces, ó secas como espátulas, que suelen venir á los conventos de hermanucas y ser recibidas con honores regios, no son otra cosa que emisarios de las Casas Madres para llevarse nuestro dinero, que reunido (el de todas las órdenes) importa bastantes millones al año, una suma aterradora é improductiva.

Pero volvámos á los salesianos.

Dedicábase, al parecer, á la enseñanza de niños pobres externos é internos, y si se terciaba, á la dirección de las cárceles, enseñanza, no solamente literaria, sino de oficios y artes. Pero en realidad su fin es la explotación más sórdida y cruel del niño pobre y del huérfano, tratado peor que un esclavo, chupada su sangre, esquilimado para que produzca todo lo posible, y al mismo tiempo hacerlo carlista, fanático, afeminado, cobarde y... enemigo del pueblo en que ha nacido.

Se dice que esos frailes trabajan. ¡Falso! En sus talleres no trabajan ellos, sino que hacen trabajar al infeliz asilado, verdadero negro de Cuba en esos *ingenios* religiosos. Se compra el material de los talleres, se buscan maestros

seculares sin trabajo que por un corto sueldo enseñen á las criaturas y organicen las labores, y á quienes se despiden cuando ya no hacen falta. Los Padres vigilan los talleres, contratan, venden, negocian; minan el mundo para colocar sus productos; pero ¿trabajar? ¡Qué locura! ¡Como que para eso se han metido ellos frailes y se han ordenado ó han profesado! A los tontos con esa patraña.

Eso son los Salesianos, y así pueden dar sus productos como nadie, á la manera del escobero que robaba las escobas hechas. Sé ahorran la mano de obra, ahorran la contribución, se ahorran otras muchas cosas y engatusan con la religión y la caridad al comprador. ¿No han de vender más barato?

Crueldades flaminescas

Existe en Madrid, calle de Claudio Coello, 82, un asilo llamado del Corazón de Jesús, para niños pobres, bajo la dirección de los Hermanos de la Doctrina, vulgo *flaminios*.

Esa orden, dice *El País*, ha resultado la asociación más sórdida é hipócrita que puede imaginarse y la forman casi exclusivamente hombres brutales é ignorantes, presa de los más bajas pasiones. En Francia los odian á muerte y de aquí se afán de extenderse por otras naciones.

España los ha recibido con palmas como si trajeran algo nuevo, y luego ha resultado que además de perjudicar notablemente á los maestros españoles sin exceptuar los religiosos, no ha traído otra cosa que una grosería bestial much mayor y más peligrosa que la de nuestros escolapios y demás religiosos.

Por una casualidad hemos sabido lo que sigue. El día del Corazón de Jesús de este año, (30 de Junio), se escaparon de ese colegio, sostenido por muchas señoras ricas, y tontas, tres niños asilados y de poca edad, el que más doce años, uno de ellos sobrino de un sacerdote secular muy conocido en Madrid.

Sin dinero ni más que lo puesto anduvieron más de un mes por los pueblos de esta provincia pidiendo limosna, aspeados, recogidos en hatos, mastas, ocupándose á veces en ayudar á trillar, y, en fin, haciendo la vida que puede suponerse.

Cuando en una familia desaparece un niño, al punto da cuenta á la autoridad para que lo busque. Los flaminios de ese colegio no hacen esto, sino que se callan y sea lo que Dios quiera. Si las familias de los tres prófugos supieron el hecho, fué porque la de uno de ellos hubo de ir á verle y entonces le dijeron que con otros dos faltaba de allí hacia más de dos semanas.

Las familias acudieron á la autoridad, que en efecto, mandó buscar á los chicos, y ¡oh fenómeno singular! siempre que una criatura es así buscada, lo sabe y lo dice la prensa de gran circulación; pero cuando se escapan chicos de los *Flaminios* la prensa se calla, aunque lo sepa. Nada de molestar al clericalismo.

Por fin la Guardia civil encontró á los muchachos, los trajo á Madrid, andando, es claro, y los dejó en el colegio, donde los caritativos y brutales hermanitos no los querían recibir, y si los recibieron fué porque los guardias hablaron un poco fuerte; pero los tuvieron allí sólo un día arrojándolos á la calle *já las dos de la madrugada* del siguiente...

Por los parientes de una de las criaturas hemos sabido:

Que allí todos los asilados odian á los hermanos por su crueldad; que dichos *Flaminios* obligan á los niños á estar de brazos cruzados muchas horas en la iglesia, y si los bajan al fin desfallecidos, el castigo es cruel; que uno de los castigos, llamado *la guardia*, consiste en subir al castigado á las guardillas de la casa, obligarlo á permanecer boca abajo, atado por largas horas y en esa postura comer, escribir y leer sin moverse; ¡ah! y al entrar en la guardilla lo primero es una paliza brutal que deja al chico medio muerto; que ese castigo se da por la menor cosa y no siempre durante un día, sino muchos, cuatro, seis, diez... A un pobre chico por haberse escapado y no pudiendo rechazarlo los hermanos por ser recomendado de una gran dama, lo tuvieron en la guardilla *¡un año entero!* no sin darle otros castigos, uno de ellos no modular de ropa; que las palizas, en fin, los ayunos y otras crueldades son allí cosa corriente, y el decirles á los niños «¡perro español! ¡hijo de gitano!» y otras lindasas producto del odio á España que les inspiran también en la enseñanza, por cierto muy deficiente.

Por eso el número de los que cada año se escapan es considerable; pero nada se sabe, porque los hermanos no dan parte y además tienen á favor señoras, autoridades, políticos y prensa.

¿Qué tal, señores? ¿Les gusta el cuadro? Pues no hemos entrado; ya lo daremos en otro capítulo el de la moral...

¿Y era eso lo que nos iba á traer el monaquismo extranjero? ¿Y para eso mantenemos á tantos bigardos criminales, la mayoría de ellos condenados á presidio allá en su tierra?

En vez de *perros españoles*, debían llamarnos *burros* y más que burros.

No lo olviden los padres de familia, y los bienhechores de ese colegio.

Policías, vividores y farsantes, llama *La Revista Blanca* á los jefes del socialismo en España, comprometiéndose á probarles que lo son, en el momento que ellos les pidan pruebas.

Mal, muy mal nos hemos tratado á veces los republicanos; y no soy yo el que menos puede alabarse de eso. Pero, francamente, no hemos llegado á tanto.

Como se progresa en todo, y los obreros son los que van ahora á la cabeza del progreso, según ellos aseguran...

¡Vaya usted á saber si será esto lo que debe hacerse!

Si dejase de ir EL MOTIN á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerle suscribirse directamente en esta administración, pues no será p culpa nuestra.

MADRID—IMPRENTA, ENCAJINACIÓN,